

retomatch



JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

9-I-1902
26-VI-1975

sumario

biografía	4
ACEPTAR LA VOLUNTAD DE DIOS	6
testimonios	8
EL AMOR Y LA FAMILIA EN LA CATEQUESIS DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER	19
DE LA ÚLTIMA PREDICACION DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER	24
LA FUERZA EDUCATIVA DE LA ENSEÑANZA DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER	26
obras publicadas	32

PRIMER ANIVERSARIO

“**N**O tengas miedo a la muerte. —Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera. —No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. ¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!» (Camino, 739).

ASI fue: hace hoy un año —el 26 de junio de 1975—, nuestro Padre-Dios pensó que era el tiempo más conveniente, y Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás —Fundador y primer Presidente General del Opus Dei— entregó santamente su alma a Dios en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó su existencia en la tierra.

AL primer estupor causado por algo tan inesperado —que sumió en el dolor a tantos miles de hijas e hijos suyos así como a los millares de almas que tanto le amaban en todo el mundo— siguió una inmensa plegaria por su alma; y desde el Cielo —es seguro que estaba Allí— sonreiría, como siempre lo hacía en la tierra, y pediría a Jesús que ayudase a todos a grabar en el corazón y a entender esa «*oración recia y viril*» que había dejado escrita en el punto 691 de *Camino*, y que tantas veces repitió durante su vida terrena: «*Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Amén.*».

POR medio de una fidelidad ejemplar a la gracia recibida de Dios, poniendo todo su empeño, todas sus fuerzas, todo su trabajo al servicio de su vocación divina, Monseñor Escrivá de Balaguer fue esparciendo por el mundo la semilla que Dios sembró en él y que brotó el 2 de octubre de 1928. Retamar, que surgió como un fruto más de su preocupación apostólica, fue recibiendo los inmensos beneficios de su estímulo y de su oración constante. A lo largo de estos años, nos fue dejando sus orientaciones y su aliento, que actuaron como fuerzas impulsoras para que esta obra corporativa siguiera adelante en su camino educativo.

EN efecto, todo en Retamar nos habla de él: el espíritu que impregna el Colegio —espíritu de sinceridad, compañerismo, trabajo, alegría, etc.— es herencia de las virtudes que vivió durante toda su vida, y en grado heroico, Monseñor Escrivá de Balaguer. Ese corredor cubierto, junto a los comedores, por el que paseó en algunas ocasiones durante sus estancias en Madrid; esa sala en la que, hace años, tuvo una tertulia con los padres de los alumnos; y un largo etcétera. Todo nos recuerda su persona, pero de modo especial es el Colegio mismo el que más nos habla de él. Algo que hace diez años no era sino un proyecto, hoy es una realidad palpable gracias al espíritu del Opus Dei.

PRECISAMENTE por eso queremos que este número monográfico de RETAMACH-BOLETIN PARA PADRES, preparado con motivo del primer aniversario de su fallecimiento, muestre algo de lo que fue su paso por la tierra, recogiendo una pequeña parte de su predicación incesante, así como algunos de los innumerables testimonios que personas tan diversas han ido dando en señal de gratitud por su incansable trabajo sacerdotal en bien de la Iglesia y de todas las almas.

MONSEÑOR Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador y Presidente General del Opus Dei, nació en Basbastro (Huesca) el 9 de enero de 1902. Falleció en Roma, en olor de santidad, el 26 de junio de 1975. Sus padres, José Escrivá de Balaguer y Corzán y María Dolores Albás y Blanc, pertenecían a antiguas e ilustres familias de Aragón y Cataluña. El ambiente familiar, de acendrada vida cristiana, marcó algunas de las cualidades básicas en su carácter: amor a la libertad, sencillez en el trato, comprensión humana, laboriosidad.

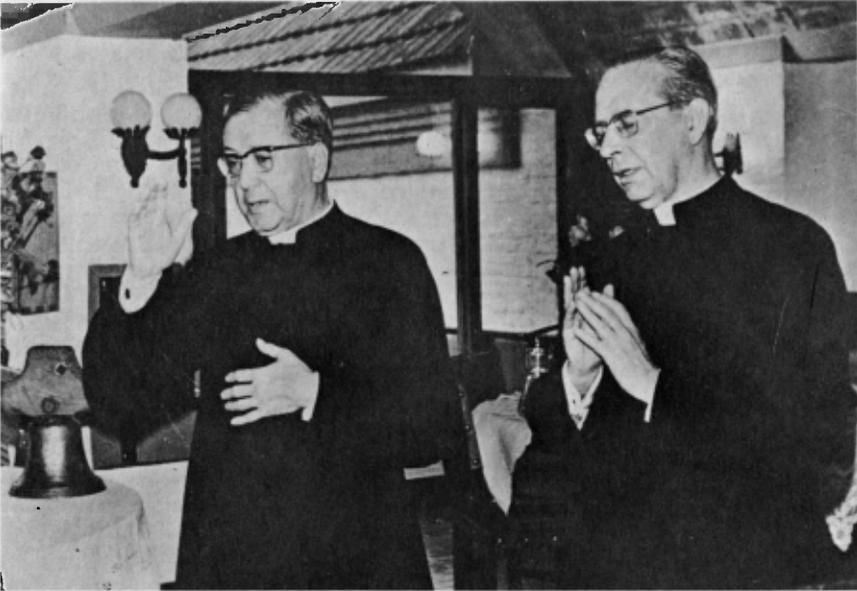
SIMULTANEO sus estudios eclesiásticos en el Seminario de San Carlos de Zaragoza, en el que fue Superior, con los de la carrera de Leyes en la Facultad de Derecho de la Universidad de esa misma ciudad.* Fue ordenado sacerdote en 1925, comenzando entonces su labor pastoral en parroquias rurales. Se trasladó poco después a Madrid, donde llevó a cabo una intensa labor apostólica en los hospitales y barrios obreros de la capital y entre los estudiantes universitarios. Al mismo tiempo se siguió dedicando a tareas formativas y docentes, siendo profesor de Filosofía y Ética profesional en la Escue-

la de Periodismo de Madrid y profesor de Derecho Romano.

EN 1928, tres años después de su ordenación sacerdotal, fundó el Opus Dei.

EN 1934 aparecieron sus dos primeras obras: *Santo Rosario*, que ha sido traducido posteriormente a numerosos idiomas, y *Consideraciones espirituales*, que recogía una parte de su experiencia sacerdotal desde 1925, y en la que, con estilo directo, sencillo y lleno de doctrina y de vida, coloca al lector frente a la responsabilidad que el hecho de ser cristiano lleva consigo. Agotada rápidamente, publicó en 1939 *Camino*, en la que ampliaba y desarrollaba ese contenido fundamental que se encontraba ya en *Consideraciones espirituales*. Millones de personas de toda condición social, cultural y de muy distintos países, han encontrado en *Camino* la luz y las energías necesarias para reconocer a Dios como Padre y dar sentido a su propia existencia de cristianos. En breve tiempo se ha convertido en un clásico de la literatura espiritual.

EN 1944 aparece en Madrid *La Abadesa de Las Huelgas*, estudio histórico-jurídico fruto de una atenta y profunda investigación



Monseñor Escrivá de Balaguer se solía dirigir a Don Alvaro del Portillo —actualmente Presidente General del Opus Dei—, desde hace varios años, diciéndole: «Alvaro, tú que me has ayudado tanto, ayúdame también a dar la bendición».



en los archivos del famoso monasterio burgalés.

EN 1968 fueron recogidos en un volumen el conjunto de entrevistas concedidas a la prensa de varios países; publicado con el título de *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, ha sido editado en varios idiomas (en castellano llegó a siete ediciones en dos años).

TAMBIEN han tenido amplia difusión otros escritos suyos; una parte de su continua predicación ha ido publicándose en diversas *Homilias* sobre temas ascéticos, litúrgicos y teológicos, en las que destaca su profundidad teológica y su conexión inmediata entre la doctrina del Evangelio y la vida del cristiano corriente, junto con su excelente calidad literaria (el primer volumen de homilias, *Es Cristo que pasa*, se publicó en castellano en Madrid, 1973, alcanzando enseguida diversas ediciones y traducciones a otras lenguas).

ESCRITOR ágil y profundamente humano, ha volcado en sus obras su experiencia espiritual y sacerdotal, poseyendo la cualidad de llegar al lector, cualquiera que sea su nivel intelectual o sus características culturales o sociales.

FUE doctor en Derecho por la Universidad de Madrid y en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense de Roma; Prelado de Honor de Su Santidad; Doctor *honoris causa* en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza; miembro del Colegio de Aragón; hijo predilecto de Barbastro, hijo adoptivo de las ciudades de Pamplona y Barcelona; Gran Canciller de las Universidades de Navarra (España) y Piura (Perú); Consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico y Consultor de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, Académico *ad honorem* de la Pontificia Academia Teológica Romana, etcétera.

CON todo, el hecho primordial en la vida de Monseñor Escrivá de Balaguer fue la fundación del Opus Dei en 1928, concretamente el 2 de octubre de ese año, en Madrid. Desde entonces su vida coincidió con la historia y el desarrollo de esa Asociación

Internacional de fieles que se esfuerzan por vivir las virtudes cristianas, cada uno dentro de su respectivo estado y condición de vida y en el ejercicio de su propia profesión, siendo cada socio plenamente libre y personalmente responsable en todos los asuntos temporales.

DURANTE la II República española, organizó labores docentes de carácter privado, como la Residencia de Estudiantes de la calle de Ferraz (Madrid), donde llevó a cabo una fecunda labor apostólica entre jóvenes universitarios, al mismo tiempo que atendía personalmente numerosos cursos de retiro espiritual para toda clase de personas; por aquel tiempo cabe señalar como especialmente significativos los dedicados a sacerdotes de numerosas diócesis españolas. Durante la Guerra civil española continuó su intensa actividad pastoral en las zonas en que estuvo dividido el país. En 1946 se trasladó a Roma, donde residió hasta su muerte, como Presidente General de la Asociación, proporcionando a sus socios una sólida formación espiritual y dirigiendo la expansión del Opus Dei por todo el mundo, a lo largo de cuarenta y siete años: en la actualidad está extendido por los cinco continentes, con más de 60.000 socios de 80 nacionalidades.

HABIA ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice. El Señor acogió este ofrecimiento, y Monseñor Escrivá de Balaguer entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo, con la misma sencillez que caracterizó toda su existencia.

SU cuerpo reposa en la Cripta del Oratorio de Santa María de la Paz, en la sede central del Opus Dei en Roma, continuamente acompañado por la oración y el agradecimiento de las incontables personas que se han acercado a Dios atraídas por su ejemplo y por sus enseñanzas.

ACTUALMENTE, el Presidente General del Opus Dei es el doctor don Alvaro del Portillo, que había sido Secretario General durante más de 30 años, estrechamente unido al Fundador.

HOMILIA PRONUNCIADA POR EL CONSILIARIO DEL OPUS DEI EN ITALIA, DON MARIO LANTINI, EN EL FUNERAL POR MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER CELEBRADO EL 28 DE JUNIO DE 1975, EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN EUGENIO EN VALLE GIULIA (ROMA).

“CRISTO vive. Esta es la gran verdad que llena de contenido nuestra fe. Jesús, que murió en la Cruz, ha resucitado, ha triunfado de la muerte, del poder de las tinieblas, del dolor y de la angustia». Con estas palabras, Mons. Escrivá de Balaguer, a quienes muchos, muchísimos de nosotros llamábamos Padre, iniciaba la homilía de un domingo de Resurrección; y con estas mismas palabras quiero comenzar yo también porque, en la luz de Cristo Resucitado, el Padre vive, el Padre está aquí en medio de nosotros, para continuar guiándonos a lo largo del camino de santidad en medio del mundo que él nos había abierto con sus pasos.

EL 28 de marzo de este año se había cumplido el cincuenta aniversario de su ordenación sacerdotal. En una carta dirigida a sus hijos en aquella ocasión, escribía: «No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca». También en este momento en el que se encuentran reunidas tantas personas que le amaban, quizá no importe tanto hablar de él, como de aquello que él amaba.

“CRISTO. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?». Monseñor Escrivá de Balaguer, el Padre, había escrito estas palabras en 1934, cuando tenía treinta y dos años y el Opus Dei no contaba más que seis. Estas tres palabras componen un programa que ha guiado su vida entera, la de todos los socios del Opus Dei y la de cientos de miles de personas en todo el mundo.

“CRISTO es perfecto Dios y perfecto Hombre, con un corazón de carne como el nuestro», decía. Y añadía: «con el mismo corazón con que amo a Dios, a su Madre Santísima, al Santo Patriarca San José y al Papa,

con ese mismo corazón os quiero también a vosotros y a todas las almas».

DESDE su ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en 1925, hasta el mismo día en que Dios le ha llamado para siempre a su lado, Mons. Escrivá de Balaguer ha querido ser el sacerdote que, a pesar de ser experto en muchas ciencias humanas y divinas, hablaba solamente de Dios.

“HEMOS de pedir al Señor, decía, que nos conceda un corazón bueno, capaz de compadecerse de las penas de las criaturas, capaz de comprender que, para remediar los tormentos que acompañan y no pocas veces angustian las almas en este mundo, el verdadero bálsamo es el amor, la caridad». Y añadía «lo importante no somos nosotros y nuestras miserias: el único que vale es El, Jesús. Es de Cristo de quien hemos de hablar, y no de nosotros mismos».

EL Padre tenía siempre los brazos abiertos a todos, como Cristo sobre la Cruz. La Cruz que es, como él decía, signo más: la afirmación, el optimismo, la alegría, porque la alegría tiene sus raíces en forma de Cruz. «Amado sea el dolor, bendito sea el dolor, santificado sea el dolor». Porque amar el dolor es unirse a Cristo, y unirse a Cristo es sentirse lo que realmente somos, hijos de Dios. Y si Dios está con nosotros, ¿qué otra cosa podemos desear?

LA vida contemplativa, el trato familiar, cotidiano y continuo con Dios, no es —en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer— algo para unos pocos, sino para todos los cristianos, pues Dios llama a todos a la plenitud de la caridad. No es necesario separarse del mundo, ni volver la espalda a la historia, para identificarse con Cristo y, en El y con El, con el Padre y con el Espíritu Santo. Porque Dios quiere que muchos, muchísimos cristianos vivan vida de santidad *nel bel mezzo della strada*, como solía decir, santificando el trabajo cotidiano, las relacio-

ACEPTAR LA VOLUNTAD DE DIOS

nes profesionales, la amistad, la vida sencilla y normal. Todo puede ser ocasión de encuentro con Cristo, con Jesús que pasa a nuestro lado, Jesús que habrá recibido en sus brazos a quien le había amado tanto, y que escribía de sí mismo hace muchos años, al contemplar el primer misterio glorioso del Santo Rosario: «Y yo más atrevido —por más niño— he puesto mis labios sobre el costado abierto».

NO puedo ocultar, ni vosotros tampoco, que estos son momentos de dolor porque tenemos un corazón de carne y este corazón llora, como lloró el Corazón de Jesús por su amigo Lázaro. Y este dolor, que quizá la razón no llega a comprender, es un aspecto de la Cruz de Cristo. Hagamos, por tanto, lo que el Padre nos enseñó desde siempre: abrazar la Cruz. «No lloves la Cruz arrastrando... Llévala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la Santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco generosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieras, tu Cruz será... una Cruz sin Cruz».

Y de seguro, como El, encontrarás a María en el camino».

ACUDAMOS, pues, a Nuestra Señora; confiemos en Ella. Repitamos aquella jaculatoria que el Padre nos ha enseñado: «*Cor Mariae dulcissimum, iter para tutum!*; Corazón Ducísimo de María, da fuerza y seguridad a nuestro camino en la tierra: sé tú misma nuestro camino, porque tú conoces la senda y el atajo cierto que llevan, por tu amor, al amor de Jesucristo».

CUANDO Mons. Escrivá de Balaguer fue a México hace unos años para visitar a la Virgen de Guadalupe, pedía a Dios la misma fe que veía en los hombres y en las mujeres de aquella tierra. La fe y el amor, la intimidad continua, enamorada, con María, Madre de Dios y Madre nuestra. «Acudamos con confianza al trono de la gracia para obtener misericordia», repetía con la liturgia de la Iglesia. ¿Cómo no imaginar ahora su gozo al encontrarse con la Madre de Dios, amándola con toda el alma?

Y el Papa. Le llamaba, con palabras de Santa Catalina de Siena, «el dulce Cristo en la tierra». Cuando llegó a Roma en 1946 y

vivía en la calle Città Leonina, se imaginaba por devoción, presente en la Santa Misa que celebraba el Romano Pontífice, para estar muy cerca de él mientras se sentía cerca de Jesús Sacramentado que contemplaba en las manos de su Vicario. Este amor fue creciendo a lo largo de toda su vida. Se sentía romano; y decía: romano quiere decir católico, universal. Romano, constantemente unido a la solicitud del Papa por toda la Iglesia. ¡Cuántas oraciones ha pedido por el Papa en todo el mundo!

RECORDABAMOS al principio aquellas tres palabras escritas en 1934. Y en una homilía pronunciada en 1957 decía: «Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculado a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, ¡todos con Pedro a Jesús por María!».

LA alegría tiene su raíces en forma de Cruz», decía el Fundador del Opus Dei. Hoy nuestro dolor debe fundirse con la alegría —compatible con las lágrimas— de aceptar la voluntad de Dios. Os invito a repetir conmigo la oración que ha escrito el Padre en *Camino*: «Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril: «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. —Amén».

QUE sea un propósito práctico, concreto, aceptar la voluntad de Dios, abrazarla en nuestra vida de cada día, hecha de fidelidad a las cosas pequeñas, al pequeño deber cotidiano que el Amor hace grande. El propósito de frecuentar y amar a Cristo en la oración y en los sacramentos, en el tribunal misericordioso del sacramento de la Penitencia, y en la Santa Misa, renovación incruenta del sacrificio del Calvario; el propósito de acudir a María, a Ella que nunca nos abandona; el propósito de estar unidos como siempre al Papa, con nuestras oraciones y nuestras obras, ya que éste es el camino para servir al mundo con el espíritu de Cristo.

Con motivo del fallecimiento de Monseñor Escrivá de Balaguer, se publicaron en la prensa de todo el mundo numerosos artículos. A través de ellos se podía constatar el eco que ha despertado la ejemplaridad de su vida: su lealtad a la Iglesia, su incansable servicio a las almas, su entrega incondicionada al amor de Dios, su inmenso cariño humano y sobrenatural que le llevó a querer a todos sin distinción de raza, lengua o condición social, etc. Esa honda labor sacerdotal ha sido bien reflejada en el testimonio de tantos que le conocieron personalmente, quedando sus vidas marcadas por este encuentro que les impulsó a renovar su fe acercándose más a Dios.

Se recogen a continuación unos fragmentos entresacados de algunos de los numerosos artículos que aparecieron. Estos párrafos —aun siendo una pequeñísima parte de esos testimonios— son una muestra de la incalculable trascendencia de ese rastro imborrable de luz y de alegría que ha dejado en el mundo el Fundador del Opus Dei.



MONSEÑOR MARCELO GONZALEZ MARTIN



**Cardenal
Arzobispo de
Toledo.
Primado
de España**
("ABC" 24-8-75)

DE Monseñor Escrivá se ha dicho que, a veces, parecía un niño, que arreglaba un problema grave con una broma, que huía de la tristeza como de la peste, que concebía o impulsaba la fundación de una Universidad o de una editorial con el más vivo en-



tusiasmo, pero no con mayor empeño que el que ponía para rezar el Rosario, por ejemplo, o para ayudar privadamente a quien se lo pedía, que contagiaba a los demás el deseo y la dicha de la gracia y la verdad de Dios, que no se reservaba nada teniéndolo todo, que lanzaba a sus hijos hacia el mundo al que amaba, y vivía totalmente apartado del mundo, que no temía a personas o acontecimientos porque no tenía nada que perder... ¿Qué significa todo esto más que el limpio resplandor de un corazón pobre, no instalado, desprendido, abierto a todos, saturado de confianza en Dios en medio de las mayores pruebas? Esta es la pobreza evangélica auténtica, aunque el que así la vive se dedique a realizar todos los recursos imaginables para servir a Dios y a los hombres. Acaso esté aquí el secreto que explica algo de su vida.

Por haber sido así desde los años primeros de su sacerdocio, tan disponible abierto a la acción de Dios, fue encontrado apto, en su pequeñez de esclavo, para las más grandes tareas apostólicas. Hay miles de detalles en su vida que lo confirman. Y no es necesario pertenecer al Opus Dei para conocerlos, ni para comprender que donde existe esta pobreza se ama apasionadamente la verdad y se alcanzan resultados inimaginables. Basta tener un poco de sensibilidad sacerdotal, recta y justa para sentir la noble curiosidad de saber a qué puede deberse el formidable despliegue de tantas energías al servicio del Evangelio, como es el que encontramos en la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer.

Mucho antes del Concilio Vaticano II trabajó él, como nadie, en la promoción del laicado, en la auténtica y profunda promo-

Durante una tertulia en
febrero de 1975
en Venezuela.



ción, no en las ridículas y tristes experiencias que tanto han abundado y siguen haciendo acto de presencia en los años del posconcilio; y en el campo del ecumenismo, y en el diálogo con el mundo moderno, y en el reconocimiento de la sana autonomía de las realidades temporales.

Precisamente por eso, ahora, cuando tantos se mueven alocadamente, sin rumbo, porque su frivolidad les priva de la luz, él supo mantenerse tan firme y enhiesto en la roca de la fidelidad sin convertirse jamás en un futurólogo insustancial que, creyendo atisbar el porvenir, consiente en que el presente se le desmorone entre las manos. Porque supo ser un auténtico progresista, fue también —como no puede ser menos— un conservador denodado y valiente, de la raza de los mártires y los confesores de la fe, o simplemente del linaje espiritual de los que, a imitación de María, saben conservar en su corazón de pobres del Reino lo que debe ser conservado siempre para ser fieles.

Yo espero y deseo que sus hijos, los sacerdotes y los laicos, sepan seguir este

camino. La Iglesia española y la Iglesia universal necesita de su testimonio en este sentido.

GUSTAVE THIBON



(Le Billet
du Patron,
n.º 11, XII-75)

NO puede considerarse simple casualidad el hecho de que el día del fallecimiento de Mons. Escrivá de Balaguer yo me encontrase en un Centro del Opus Dei de Bruselas dando una conferencia sobre el sentido de la vida y de la muerte.

Guardo un vivo recuerdo de esta tarde

Con un grupo
de padres de familia en
«La Chacra», Argentina.

testimonios



del último 26 de junio. La trágica noticia nos sorprendió en el instante mismo en que nos disponíamos a abrir la sesión. Pude leer en el rostro de los socios de la Obra todo el dolor de unos hijos que acaban de perder a su padre. Pero su reacción fue a la vez humana y sobrenatural. Después de mi conferencia, los asistentes fueron invitados a rezar un responso por el alma de Mons. Escrivá de Balaguer en el oratorio del Centro; todos aceptaron la invitación, incluso algunos no creyentes que habían venido a escucharme.

Estoy persuadido de que la estela dejada por Mons. Escrivá de Balaguer es más profunda, más duradera y sobre todo más luminosa y salvífica de lo que imaginamos la mayor parte de sus contemporáneos. Su papel en la economía de la Salvación me parece preeminente. Inmerso en un siglo XX incrédulo y frío, ha sabido encender el mundo —*ignem veni mittere in terram*— con el fuego de la caridad que ardía en su corazón.

Con su generoso celo sacerdotal consi-

guió crear y difundir una Obra que es la expresión fiel de la voluntad misericordiosa de Dios, que desea salvar las almas de todo tiempo y en toda circunstancia.

Nada hay de extraordinario en el hecho de que esta Obra de santificación personal, tejida de sacrificio callado y de oración silenciosa, haya escapado a los traficantes de noticias sensacionalistas. La acción de la gracia en las almas va más allá, en efecto, de los límites de la sociología: la conversión interior no puede encerrarse en las estadísticas. Sin embargo, innumerables conversiones de hombres y mujeres adornarán la corona de Mons. Escrivá de Balaguer en el cielo.

Además, como han declarado después de su muerte numerosos Obispos y Cardenales, Mons. Escrivá de Balaguer ha aportado a la vida de la Iglesia un nuevo impulso, una nueva juventud, abriendo de par en par la puerta de la santidad a los laicos. El Opus Dei, al que se dedicó en cuerpo y alma, vino a proclamar mucho antes que el Concilio Vaticano II la idea de que la santidad no es un privilegio reservado a los religiosos y sacerdotes. Por el contrario, existe una vocación específica de los laicos que consiste —decía— en tres cosas: «Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo y santificar a los demás a través del trabajo». El trabajo, lejos de ser una maldición, puede ser elevado al orden de la gracia, llegar a ser «obra de Dios».

Cuando, hace muchos años, leí *Camino* por primera vez, quedé sorprendido por la fuerza, por la sencillez y al mismo tiempo por la riqueza sobrenatural de su mensaje. Este libro es un reflejo del alma de su autor: se confunde con su vida. Pensamiento, palabra y acción no eran en él más que aspectos de la misma realidad divina. Las virtudes que predicaba las ha practicado en grado heroico a todo lo largo de su fecunda vida.

**El amor al sacerdocio
fue una de las constantes en
la vida y la obra
de Monseñor Escrivá
de Balaguer.**

JOSE MARIA PEMAN



**("ABC",
24-VIII-75)**

MI condición de escritor y conferenciante me ha llevado a tener contacto muy frecuente con europeos, americanos y orientales, desde sus promociones más sencillas hasta sus selecciones de graduados y universitarios.

Es esa circunstancia la que me empuja con una lealtad que se me presenta como un deber, y aun venciendo mi propio temporal escrúpulo de parecer entrometido, a escribir ahora de cuanto de humanismo y profundo apostolado he visto y oído llevar a cabo en mis días a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei; tanto en el plano más inmediato de su trato personal como en el calado profundo de sus escritos y sus predicaciones, cuya sencillez de estilo no era más que una parte lógica de su sencillez conceptual.

Me da ánimo para exponer estas ideas la seguridad de que se trata de un tesoro mental y afectivo, adornado por la gracia popular del hombre sencillo, más la gracia literaria del selecto y estudioso y la gracia divina del hombre de Dios: tres gracias conjuntadas en medio siglo de exigentísima creación de más de un millar de sacerdotes realizado por unos ochenta países; que éstas fueron las cifras sobrecogedoras de sus tareas en el tiempo y en el espacio; para servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida.

Desde mis ojos de escritor puntual, sin vehemencia disociadora ni exorno colorista, he visto crecer este bosque frondoso del Opus Dei, cuyas ramas parecen reflorar con cada aurora, como deseosas de extender más y más el amparo refrescante de su sombra. Sombra de perímetro tan elástico



para sus llamamientos de amor que logró cobijar a muchos centenares de no creyentes o no católicos en su apostolado «ad fidei».

Era Monseñor Escrivá una de esas ilimitadas elasticidades que a veces unifican el corazón metafórico del rubor, la palidez o la pulsación, con el corazón conceptual como resumen de amor. Era Monseñor Escrivá uno de esos cardíacos del espíritu que necesitan para su amor todos los instrumentos físicos y espirituales que lo expresan y lo acercan a la existencia humana.

Por eso su tarea ascética sonó, para no pocos, a inesperado avance de vanguardia: el llano y simplísimo llamamiento que hacía a los seglares —solteros o casados— a los sacerdotes para vivir una vida de santidad cristiana. Asimismo su deseo de abrir las puertas de su «Obra», tanto a los que adoraban su vocación con un estudio de grado universitario como a los que ejercían un trabajo manual: la unificación del valor —oración— al valor trabajo santificable y santificador.

Monseñor Escrivá fue un paladín insacia-



lia. Le he sentido consumirse dentro de su propia energía a la orilla de tanto riesgo y sufrimiento. A Monseñor Escrivá le he visto paralelamente sufrir en silencio esa misma batalla repartiendo a los hombres pedazos de su corazón roto.

CARDENAL SEBASTIANO BAGGIO

Prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos. ("Avvenire", 26-8-75).

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el Opus Dei y sobre su Fundador —o quizá por eso mismo—, prevalentemente en clave polémica por no decir fantástica, nosotros, sus contemporáneos, no tenemos la necesaria perspectiva para valorar el alcance histórico de la enseñanza (en tantos aspectos auténticamente revolucionaria y anticipadora) y de la acción pastoral (de una eficacia y una irradiación sin equivalentes) de este insigne hombre de la Iglesia. Pero es evidente desde ahora que la vida, la obra y el mensaje del Fundador del Opus Dei constituyen un viraje o, más exactamente, un capítulo nuevo y original en la historia de la espiritualidad cristiana, si la consideramos —y así deber ser— como un camino rectilíneo bajo la guía del Espíritu Santo.

Monseñor Escrivá de Balaguer era hombre sencillo y modesto, que rehuía la publicidad y los gestos clamorosos; no iba de un lado para otro para dar conferencias, aunque era generosísimo e incansable en el ministerio sacerdotal y paterno de la palabra; sólo concedía entrevistas a la prensa cuando ya no era posible evitarlas. En su elogio fúnebre fueron recordadas oportunamente las palabras que escribió a los socios del Opus Dei, en una ocasión tan clásica como sus bodas de oro sacerdotales: «*No quiero que se prepare ninguna solemnidad, porque deseo pasar este jubileo de acuerdo con la norma ordinaria de mi conducta de siempre: ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca.*»

ble de la libertad de los demás y de la libertad de las conciencias a las que quería salvar de los secuestros y asaltos del fanatismo actual de un mundo sin mentalidad filosófica.

Sentado queda que el fundador fue un enamorado de la romanidad, la catolicidad y la universalidad de la Iglesia. A ella quiso servir hasta escondiéndose y desapareciendo para que sólo Dios se luciera. «*¡Que estén tristes —solía decir— los que no se sientan hijos de Dios!*». Su alegría se vinculaba al ardiente propósito de «*ahogar el mal en la abundancia de bien.*»

Quiso hacer plenamente vivo el nombre Opus Dei dejando a Dios la «*operatio Dei*» como garantía máxima de la verdad y la profundidad de una tarea.

Hemos vivido momentos muy duros y desorientadores de la vida de la Iglesia. Los que se habían abrazado a ese árbol ya rugoso y maltratado, el dolor les enseñó a vestir esa aspereza de esperanza.

He visto de cerca a Su Santidad en el lago Tiberiades y en la visita que me concedió en Castelgandolfo con toda mi fami-

Con un numeroso
grupo de
estudiantes en Brasil
en 1974.



MONSEÑOR HENGSBACH



**Arzobispo
de Essen**
("Ruhrwort",
23-VIII-75)

HASTA 1971 no había conocido personalmente a Monseñor Escrivá de Balaguer. Tenía 69 años. Pero, como sucede a veces, se cumplió la experiencia que refleja un viejo dicho: 'Dos personas se conocen desde hace mucho tiempo y, en realidad, no se conocen. Otras dos se dan una vez la mano y se conocen ya como desde hace mucho tiempo'.

En su aspecto exterior me fascinaron tres cosas: sus ojos, que miraban con bondad y

fuerza a la vez; serenos, a veces brillaban como estrellas; sus *manos*, que aclaraban y a la vez espiritualizaban la palabra hablada; su *figura*, humilde y llena de misión sacerdotal, no sólo venía conscientemente al encuentro del invitado, sino que, fraternalmente, le llevaba a su lado.

Cada encuentro tiene acentos personales. Así, los encuentros con Monseñor Escrivá de Balaguer, sus cartas y saludos postales con ocasión de sus viajes, sobre todo de sus largos recorridos por América Latina, siempre estaban empapados del calor de sus palabras y del afecto de su amistad. Pero algunas líneas fundamentales de su vida y de su tarea aparecían cada vez con mayor claridad.

—Vivía y pensaba de forma totalmente sobrenatural. La realidad de Dios, la presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar, la realidad del Cielo, las figuras de los Santos ante todo de la Madre de Dios y de San José, Patrón de la Iglesia—, es decir, las realidades sobrenaturales, eran para él las realidades 'evidentes'.

Monseñor Escrivá de Balaguer
y D. Alvaro del Portillo
—entonces Secretario General
de la Asociación—
imparten la bendición a un
grupo de jóvenes
en Roma.

testimonios



cio de la gracia y que sin duda ha escuchado de sus labios: 'Muy bien siervo bueno y fiel. Ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu Señor' (Mt 25, 21), ahora pueden confiar sus hijos y sus hijas, y puede confiar la Iglesia entera en que él es, *per Christum Dominum nostrum*, un gran intercesor para su Opus Dei ante el Padre de quien procede toda la vida.

LUIS CORONEL DE PALMA



**Presidente de la
Confederación
Católica Nacional
de Padres
de Familia**
(("Ya", 27-VII-75))

—Su vida estuvo profundamente empapada de amor a la Iglesia y al Santo Padre. Creía con todo su ser en la Iglesia una, santa, católica, apostólica y romana. En su interior vivía de esta fe: de que en el Papa encontramos a Pedro y, en Pedro, al Señor.

—Su vida y su Obra, que no en vano había denominado con conocimiento sobrenatural Opus Dei, estaban sostenidas en la solicitud apostólica por los hombres, en su fe, en su vida en la Iglesia, en su vida en gracia y en oración. En el fondo de su alma estaba convencido de la prioridad de lo sobrenatural. Sin duda enseñó a sus hijos e hijas espirituales también el apostolado en medio de la profesión de cada uno. Pero primero les inculcó el amor a Dios y el encuentro con Cristo en la adoración y en la oración.

—De esta manera ha prestado Monseñor Escrivá de Balaguer desde 1928 un servicio único a la Iglesia. En estos decenios tan turbulentos, su Obra es una de las iniciativas que llenan de esperanza a nuestra Iglesia. Ahora que ha encontrado al Señor en el jui-

MONSEÑOR Escrivá de Balaguer, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, puso siempre de relieve la mayor excelencia de la virginidad y el celibato apostólico. Pero siempre manifestó a la vez que el matrimonio es un camino de santidad, camino divino, grande y maravilloso, y que él, como sacerdote, lo bendecía con las dos manos.

Los padres de familia católicos tenemos que agradecer a Monseñor Escrivá de Balaguer y a sus hijos, en estos momentos de revisión sistemática —y no siempre prudente y fiel—, de las enseñanzas de la Revelación y del Magisterio de la Iglesia sobre el matrimonio, la educación de la castidad, la paternidad responsable, sobre la indisolubilidad del vínculo, sobre la promoción de la mujer... la firmeza, la claridad, la fortaleza y la fidelidad con que han sabido exponer y difundir las verdades permanentes del Evangelio y de la Iglesia, sobre la santidad matrimonial y la misión de la mujer en el hogar y la sociedad.

Me parecía obligado dar públicamente este testimonio de gratitud al fundador del Opus Dei, en mi condición de presidente de

Durante una tertulia
con miles de
personas en la Escuela
Deportiva Brafa (Barcelona).

la Confederación Nacional de Padres de Familia y de Padres de Alumnos, por esa luz que nos ha dado a los que, sin ninguna falsa modestia, nos consideramos miembros comunes del Pueblo de Dios, y tenemos la esperanza y la confianza en que, al cumplir cristianamente nuestras obligaciones familiares, podemos y debemos contribuir a la difusión de este Reino de Cristo por el que trabajó, vivió y murió, el corazón tan sobrenatural y humano de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, en una mañana del verano romano, muy cerca del Papa, al que tanto amó.

CARDENAL SERGIO PIGNEDOLI

Presidente del Secretariado para los no cristianos

(“Il Veltro”, n.º 3. 1975. Milán)

“*La alegría —solía decir Monseñor Escrivá de Balaguer— tiene sus raíces en forma de cruz*”. Para él, las dificultades, los sufrimientos y las mismas lágrimas eran la amable Cruz de Cristo, que hay que llevar con garbo; eran las señales de la paterna predilección de Dios, ocasión de diálogo con la Trinidad Beatísima, encuentro vivo con Jesús paciente, «visitas» que dejan siempre algo Suyo, algo divino. De este modo el dolor no turbaba la profundidad de su paz y se resolvía en alegría, mientras sus labios pronunciaban aquél *omnia in bonum* propuesto también muchas veces a los que le seguían o se le acercaban cargados con el peso de sus aflicciones: «Todo coopera al bien de los que aman a Dios» (Rom 8, 28).

La vida del fundador del Opus Dei expresaba plenamente ese estilo: rezar, amar, trabajar, sonreír. Era una vida sencilla y normal, más parecida a los años ocultos de Jesús en Nazaret, junto a María y José —la *trinidad de la tierra*, como le gustaba decir, haciéndose eco de antiguas y piadosas tradiciones—, que a los tres años de vida pública. Pero era una vida de trabajo incesante, espejo ejemplar de esa espiritualidad del



trabajo de la que fue infatigable maestro y apóstol.

Faciem tuam, Domine, quaero (Ps 26. 8). Señor, deseo ver tu Rostro. Ese era ya el suspiro de un alma tan afinada por la intimidad divina, por la «esclavitud del amor», por el humilde servicio de muchos años. Por eso podemos estar seguros de que había alcanzado la identificación con Cristo que él ponía como meta a sus hijos. Este deseo habrá sido ya satisfecho. Cristo, a quien tanto amó y deseó, habrá acogido a su siervo en la eterna contemplación de su Rostro.

Su tránsito a la vida eterna ha exigido de sus hijos del Opus Dei y de todos nosotros, el grave sacrificio de la separación durante este tiempo terreno de espera. Y siguen actuales las palabras de San Jerónimo, en la muerte de una persona amadísima: «No nos entristezcamos por haberla perdido, sino demos gracias a Dios de haberla tenido: de tenerla todavía, porque en Dios todas las cosas viven y quien vuelve al Señor vuelve a formar parte de la familia».

MANUEL VILLANUEVA
VADILLO

(“Diario de Burgos”,
16-VIII-75)

YO era un hombre joven —la vida llena de ilusiones— cuando me diagnosticaron la parálisis progresiva que habría de tenerme en una silla de ruedas, sin la esperanza de volver a andar. No es difícil suponer cuánto dolor cabe en el cuerpo entonces. Y, sin embargo, no creo que sea ya tan sencillo comprender cómo, en esas circunstancias, se puede vivir feliz.

Es un deber de justicia que cuente mi pequeña historia, ahora que quien la ha hecho posible —Josemaría Escrivá de Balaguer— acaba de morir entre la alegría del cielo y la pena de sus hijos en el Opus Dei.

Sin él saberlo —de esto hace ya más de diez años— fui descubriendo en sus enseñanzas, en su espíritu de auténtico cristia-



testimonios

no, el remedio a mi enfermedad. El me enseñó —a través de la Obra— el significado del dolor. Poco a poco fui descubriendo que el sufrimiento, llevado por amor de Dios, me hacía corredor con Cristo y me acercaba a la herencia del cielo.

Y comprendí el verdadero valor de aquellas palabras del Padre: «*los enfermos son el tesoro del Opus Dei*». Porque —él lo dijo en muchas ocasiones ante millares de personas— cuando era un sacerdote joven fue a buscar los medios para hacer la Obra de Dios en los hospitales, atendiendo a los enfermos, niños sin familia, hogares sin fuego y sin calor y sin amor. Era gente desamparada y enferma; algunos con una enfermedad que entonces era incurable, la tuberculosis. Así pasó muchas, muchas horas de sus primeros años de ministerio sacerdotal. Su tesoro estaba allí: repartido entre los enfermos que ofrecían el gozo de su dolor, y entre aquellos que, de su mano, subieron a la presencia de Cristo. Yo formaba —y formo— parte de este tesoro.

Comencé, tras aquellos primeros momentos, a advertir la importancia que mi encuentro con el Opus Dei tenía. Ahora ya sé que lo es todo en mi vida: gracias a la Obra mi vida cobró, de nuevo, pleno sentido. Un sentido —me atrevo a asegurarlo— que jamás hubiera podido alcanzar de otro modo. A veces pienso qué hubiera sido de mi vida sin la Obra.

Luego conocí —¡por fin!— a Monseñor Escrivá de Balaguer. Fue en 1967, en la Asamblea de amigos de la Universidad de Navarra. En aquella ocasión tuve oportunidad de verlo por dos veces. La primera, en la Santa Misa que ofició en el campus de la Universidad. Luego, en una tertulia en el teatro Gaiarre. Son dos recuerdos imborrables: oírle hablar de Dios era algo que impresionaba. Su fuerza, su cariño, eran Dios. Y yo comencé a darme cuenta que su felicidad se me había contagiado. Optimismo, vibración, fuerza... En cada una de las palabras del Fundador del Opus Dei había una descarga de vida.

Me llamó la atención comprender que él era, sin lugar a dudas, la persona que primero vivía el espíritu de la Obra. Todo lo que a lo largo del tiempo había ido apren-

diendo yo, lo vi, en un instante, en aquella persona que «sólo hablaba de Dios».

Quiero repetir, con la voz fuerte, para que todos me oigan, aquella frase que tuve ocasión de decirle cuando estuve con él en Bilbao en 1972: «Padre, hasta el cielo».

MONSEÑOR CANTERO CUADRADO



**Obispo de
Zaragoza**

(“Gaceta del
Norte”,
28-VI-75)

JOSEMARIA Escrivá ha sido un hombre fuera de serie que siempre quiso mantenerse sacerdote al servicio de la Iglesia, tanto él personalmente como a través del Opus Dei. Yo le conocí en 1930, apenas fundada la Obra, y le acompañé varias veces en visita a los hospitales de Madrid. En distintas ocasiones me llamó para dirigir retiros espirituales en una institución para la formación de la juventud que se llamaba «Dya», que él traducía como Dios y audacia.

Ha influido poderosamente en mi vida. No podré olvidar nunca aquella mañana del 14 de agosto de 1931, en que se presentó en mi casa cuando yo, recién terminada la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid, volvía de Ginebra de trabajar en la Biblioteca de la Sociedad de Naciones, en la preparación de mi tesis doctoral. Me dijo que pensara seriamente en los tiempos difíciles que atravesaba España y la Iglesia española.

Aquella conversación hizo cambiar el rumbo de mi vida y desde entonces me consagré al apostolado obrero. He mantenido siempre con él una sincera y entrañable amistad. Su muerte me ha impresionado profundamente, pero me consuela saber que ha dejado frutos abundantísimos e imperecederos. Tenía un gran corazón. Con él ha desaparecido un hombre de gran tesón, de una simpatía contagiosa, de un profundísimo amor a la Iglesia.

EL AMOR Y LA FAMILIA EN LA CATEQUESIS DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER

Amante apasionado
de la vida,
Monseñor Escrivá
de Balaguer
toma en sus
brazos a un niño,
en el Campus
de la Universidad
de Navarra
(Pamplona, 1967).



El Fundador del Opus Dei realizó durante toda su vida una profunda labor de catequesis cristiana en el mundo entero, no sólo con el ejemplo de su vida y con sus escritos —traducidos continuamente a nuevos idiomas— sino también directamente, hablando con un número incontable de personas de todo el mundo.

En los últimos años de su vida en la tierra, llevó a cabo una catequesis viva y directa con cientos de miles de personas de los distintos países de Europa y América por los que pasó. Impartió esta catequesis en las numerosas tertulias que se celebraron en cada una de las ciudades que visitaba; aunque frecuentemente el auditorio estaba formado por varios miles de personas, esas reuniones tuvieron siempre el aire familiar que Mons. Escrivá de Balaguer imprimía a todas sus acciones. En esas «tertulias», el Fundador del Opus Dei mantenía un diálogo personal con los asistentes, contestando con hondo sentido sobrenatural a las cuestiones de índole espiritual que espontáneamente le preguntaba cualquiera de los asistentes.

Por el interés que tienen para los padres de familia, se recogen a continuación algunas de sus respuestas a preguntas que le fueron planteadas sobre el matrimonio y la familia.

noviazgo y matrimonio

«La Iglesia desea que entre un hombre y una mujer, antes de casarse, haya un noviazgo, para que se conozcan y se amen más, y lleguen al Sacramento del Matrimonio mejor preparados. Pero no olvidéis que el matrimonio no es sólo una satisfacción del corazón, de la vida y de los sentidos. Es también sufrimiento: Tiene cara y cruz, su anverso y su reverso, como las medallas. Y vosotras no amaríais bastante a vuestros maridos si no quisiérais sus defectos.

Quizá alguien me diga: Padre, yo no tengo defectos... Tendrás alguno, ¿no? Yo, muchos, y estoy luchando desde hace tantos años. Tú y tu marido lo mismo. ¡Amad esos defectos, si no son ofensa a Dios! Si son pecado, no podéis quererlos, pero eso sucederá rara vez. Y en ese caso, poco a poco, con suavidad y con afecto, podéis hacerle cambiar vosotras.»

educar en la libertad

«Ama la libertad de tus hijos y enséñales a administrarla bien. Que sepan que la libertad tiene una gran enfermedad, que consiste en no querer aceptar la correspondiente responsabilidad. Entonces no hay libertad, sino libertinaje.

Nuestros padres cuidaban nuestra libertad con mucho amor. No querían que sus hijos fueran víctimas de malas costumbres, de ideas descabelladas, de infamias, de malos amigos, de propagandas brutales que acabasen por convertirlos en bestias, en lugar de vivir como hijos de Dios. Los padres de ahora tenéis —lo mismo que los de antes— el compromiso de defender la libertad de vuestros hijos, como tú has dicho muy bien, procurando que no sea libertinaje.

La libertad debe ir acompañada de responsabilidad. Por tanto, en la educación de vuestros hijos, debéis compaginar la libertad y la autoridad. También los maridos, que, a veces, son unos tranquilos y abandonan a los chicos en manos de la madre, porque ellos dicen que tienen mucho que hacer, como si las mujeres no tuvieran que trabajar, y mucho, en la casa. Siempre digo que la profesión más excelente y la más admirable es la de las madres de familia.

Procurad que los niños aprendan a valorar sus actos delante de Dios. Dadles motivos sobrenaturales para que discurran, para que se sientan responsables; y no les mostréis desconfianza. Es preferible que os engañen alguna vez, a que destrocéis el cariño y la unión que tienen con vosotros.

Debéis administrar la libertad de los hijos, según la edad que tengan. No podéis tratar a todos de la misma manera. La justicia exige que tratéis de manera desigual a los hijos desiguales, pero de modo que no tengan celos. Son desiguales por la edad, por el temperamento, por la salud, por sus condiciones intelectuales... Así con vuestra ayuda, llegan a ser iguales y a quererse mucho, a portarse bien, a tener las virtudes de sus padres, y a ser buenos hijos de Santa María.»

la mujer y el trabajo

«Muchas mujeres casadas han de tener una vida profesional. Pero esta tarea profesional no les debe quitar el amor ni la dedicación a su hogar: Poner la gracia de una sonrisa y la gracia de Dios que ellas tienen, cuidar del marido con amor, criar a los hijos sanos, rectos, mirando al cielo... Hija mía, necesitas una doble gracia de Dios: para tu vida de madre y esposa, y para tu vida profesional».

la confesión de los niños

«El demonio que existe, y está rabiosísimo porque hablamos de él —hace decir a muchas personas— que deberían ser luz y son sombras: son debilidad y la misma duda, que no hay que llevar a los niños a confesar, porque se asustan. ¡Mentira! A mí me llevaron siendo muy pequeñito, y no me asusté; me quedé feliz, contentísimo. Mi madre me llevó la primera vez a que me confesara con el que era su confesor. Tendría seis o siete años. Todavía recuerdo la penitencia que me puso: que comiera una cosa que a él le debía gustar mucho... Y salí contentísimo, feliz. Desde entonces, siempre que me he confesado —suelo hacerlo por lo menos una vez a la semana, y algunas semanas más: y no soy escrupuloso— me vuelvo a poner contento. Porque el demonio sale derrotado, y Dios triunfa de nuevo en esta pobre carne mía, en esta pobre alma mía, en este pobre corazón mío.

Hay que llevar a los niños y a las niñas a confesar con frecuencia para que amen desde niños este Sacramento. Las mamás que me están escuchando, que lleven a su confesor a los niños desde chiquitos: es el Sacramento de la misericordia y del amor. Las personas normales, aunque no sean católicas, cuando conocen bien este Sacramento, se sienten removidas ante esa muestra tan grande de la misericordia y del amor de Dios».

el valor del ejemplo

«Los testigos más atentos que tenéis alrededor son vuestros hijos, que os aman con locura. Desde pequeñitos están juzgando al padre y a la madre. Por lo tanto, tú tienes razón cuando dices que tienes que darles ejemplo. Yo te voy a decir algo muy interesante. Hoy ha venido a verme una persona que ahora es muy importante y que está trabajando desde los catorce años. Comenzó a trabajar desde esa edad, porque él se fijaba en sus padres. Este señor me ha manifestado un poco de su alma y me decía: Yo hablo con mi Angel Custodio porque mi madre me enseñó de niño. ¡Lo que puede la enseñanza de una madre! y ¡No digo nada de la enseñanza del padre! Ya ha pasado el tiempo de tener vergüenza por ser honrado y cristiano».

madres cristianas

«Que vuestros hijos no se vayan a dormir como perritos. Me gusta decirlo así, porque resulta muy claro y puedo hacerme entender con mayor claridad.

Los perritos se tienden en un rincón, y ya está, vuestros hijos no: tienen que persignarse antes de irse a la cama, y decir unas palabras a la Santísima Virgen y a Dios Nuestro Señor, aun cuando el alma no esté limpia del todo.

Pero no les atosiguéis con muchas oraciones, cuando son todavía pequeñines, enseñadles pocas, pero haciéndoles entender lo que dicen. Que recen contigo esas oraciones breves, encantadoras, tradicionales, que desde hace siglos salen de la boca de las madres cristianas».

vida de familia

«Una madre de familia tiene que procurar que en su hogar haya un mínimo de bienestar proporcionado a su situación, pero sin olvidarse de los necesitados.

De modo que, dentro de los gastos de tu casa, debes sacar un tanto por ciento, que

Uno de los encuentros
del Fundador del Opus Dei
con familias en
Barcelona en 1972.

depende de tu generosidad y de la de tu marido, para ayudar a los que no tienen nada. ¿De acuerdo?

«Cuando piensas en el bienestar material de tu marido, de tus hijos, de ti misma, no ofendes a Dios; porque tienes el deber que es propio del estado matrimonial, de procurar que los tuyos se encuentren muy a gusto en el hogar. Una madre de familia que no se ocupa de las cosas materiales de la casa y del bienestar de la familia, no agradaría a Jesucristo».

dedicarse a los hijos

«Te aconsejaría que estar con tus hijos lo consideraras como el principal de tus trabajos. Los que estáis muy ocupados siempre sabéis sacar más tiempo; en cambio los que no trabajan, nunca tienen tiempo para nada. Tengo la gran esperanza de que sabrás encontrar un rinconcito cada día, o al menos cada semana, para estar como un amigo con tus hijos. No me parece bien que abandones en manos de tu mujer, por santa que sea, ese derecho y ese deber tuyo. No me parece cristiano. Estoy seguro de que el Señor bendicirá los trabajos que hagas si dejas alguno por atender el trabajo principal que es ocuparte de tus hijos».

el sacramento del bautismo

«En el Sacramento del Bautismo toma posesión de nuestras almas el Espíritu Santo, y comienza a actuar con su gracia. Nos da las virtudes infusas, aquellas que llamamos teologales: La Fe, La Esperanza, La Caridad. Son virtudes que no podemos adquirir con nuestro esfuerzo personal, con nuestro talento o con nuestra buena disposición. Nos las tiene que dar Dios Nuestro Señor. Y nos las concede generosamente, gratuitamente porque nos quiere. Por eso, es muy conveniente llevar a los niños cuanto antes a recibir el Santo Bautismo. Porque en este Sacramento, el Espíritu Santo se mete en el





alma de la criatura, y empieza a obrar en ella, a concederle esos dones, esas virtudes y tantas gracias más.

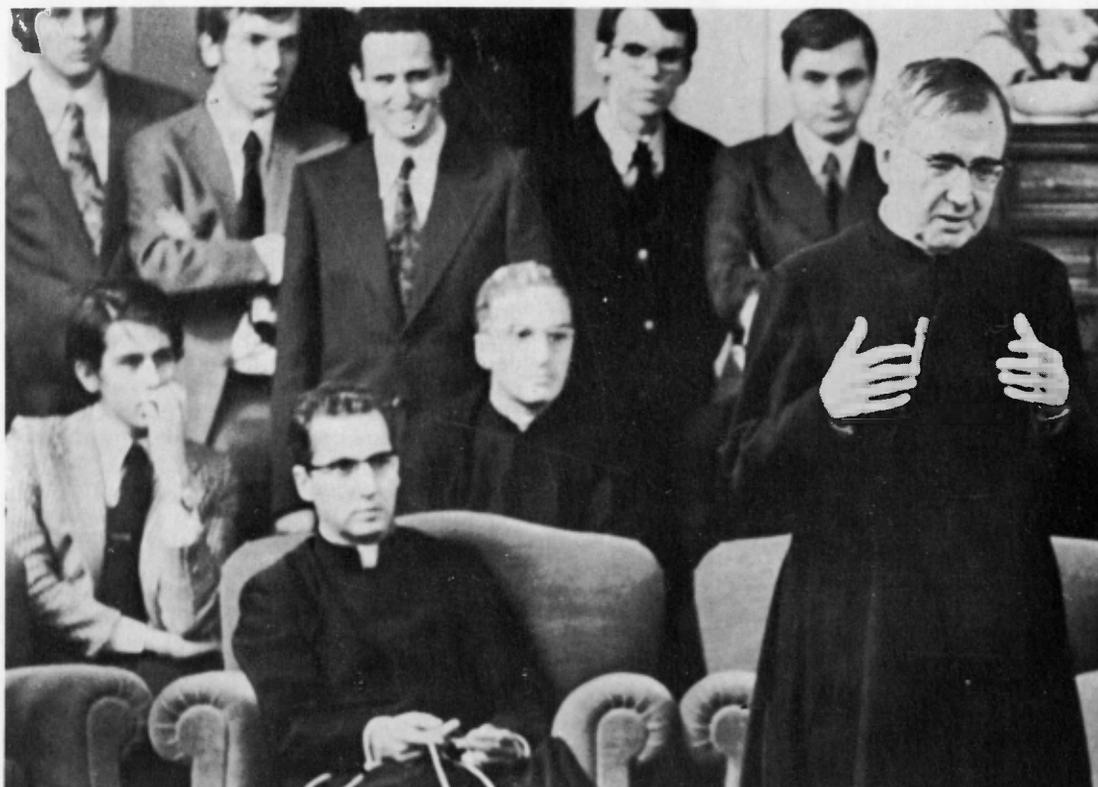
Os he dicho que me da mucha devoción agradecer a Dios Nuestro Señor los favores que sé que me ha hecho y también los que no conozco. Y entre los que desconozco, están todos los bienes que el Espíritu Santo derramó en mi alma, mientras no tuve uso de razón, desde que recibí el Bautismo. Y me gusta pensar en lo que hacéis las madres, cuando esperáis la primera criatura, y después las otras. ¡Con qué ilusión! Antes de que vengan a la luz del día. ¡Qué empeño ponéis, en preparar la ropita, en hablar con amor de la criatura que se espera! Os dais cuenta de que tenéis otra vida en vuestra vida. Habláis con el marido, y es una maravilla de cariño y de preparación, el crío que viene que está para nacer, os debe ya muchos favores: favores de amor. Y luego, ¡cuánta ternura mientras los niños son pequeños, para alimentarlos, para cuidarlos! Sin esa delicadeza de las madres, no viviría ninguna criatura humana.

Hijos que me escucháis, amad más a vuestros padres y a vuestras madres, porque realmente no han podido portarse mejor. Antes de que viniéramos al mundo, ya nos querían y buscaban nuestro bien.

Pues pensad en el amor de Dios Nuestro Señor, que es padre y madre a la vez. Cada uno de nosotros somos para su corazón como el primogénito. Nos quiere con locura. ¡Cuántos favores nos ha hecho, y no lo sabemos! Llevad a la presencia de Dios estas consideraciones, y poneos muy contentos agradeciendo al Señor el Bautismo, las virtudes que nos da y los dones que nos hace: el cúmulo de gracias que el Sacramento encierra. Aunque algunos herejes digan ahora otra cosa, la realidad es que nacemos con toda aquella carga del pecado original. Por eso hay que acudir con los niños prontamente al Bautismo, para que se les borre esa culpa y reciban el Espíritu Santo. ¿Cómo les vamos a privar de ir al cielo, si mueren sin ser bautizados?».

(TELVA, núm. 284, 2.^a quincena de julio de 1975).

DE LA ÚLTIMA PREDICACION DE MONSEÑOR ESCRIVA DE BALAGUER



«**E**STAIS comenzando la vida. Unos comienzan y otros acaban, pero todos somos la misma Vida de Cristo: ¡y hay tanto que hacer en el mundo! Vamos a pedirle al Señor, siempre, que nos ayude a todos a ser fieles, a continuar la labor, a vivir esa Vida, con mayúscula, que es la única que merece la pena: la otra no vale la pena, la otra se va, como el agua entre las manos, se escapa. En cambio, ¡esta otra Vida! Llega un momento en el que a uno no le importan nada todas las cosas de la tierra, importándole mucho porque se ama a todas las almas y se tiene cariño a todas las cosas de la tierra. Llega un momento —insisto— en el que no le importa a uno nada de todas las cosas de la tierra, pero para esto hay que tener este desprendimiento».

«¿Qué queréis que os diga? Ya os lo he dicho siempre: que habéis sido llamados por

Dios para que seáis santos, para que seamos santos, como enseña San Pablo. Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es perfecto: esas son palabras de Cristo. Ser santo es ser dichoso, también aquí en la tierra. Y me preguntaréis quizá: Padre, y usted, ¿ha sido dichoso siempre? Yo, sin mentir, recordaba hace pocos días, no sé dónde fue, que no he tenido nunca una alegría completa; siempre, cuando viene una alegría, de esas que satisfacen el corazón, el Señor me ha hecho sentir la amargura de estar en la tierra, como un chispazo del Amor... Y, sin embargo, no he sido nunca infeliz, no recuerdo haber sido infeliz nunca. Me doy cuenta de qué soy un gran pecador, un pecador que ama con toda su alma a Jesucristo. Así que infeliz, nunca; alegría completa nunca tampoco. ¡Ay qué lío me he hecho! Ayudadme a ser santo; pedid por mí para que sea bueno

«¿Qué queráis que os diga?
Ya os lo he dicho siempre:
que habéis sido llamados
por Dios para que seáis santos,
para que seamos santos,
como enseña San Pablo».



y fiel. Pero que no se quede todo en palabras; poned también obras, que el ejemplo arrastra».

(Palabras de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en Roma, el 7 de junio de 1975, en una tertulia con más de un centenar de socios del Opus Dei de Italia, Filipinas, Alemania, México, España, Estados Unidos, Colombia, Chile, Canadá, Inglaterra, Austria, Bolivia, Suiza, Brasil, Irlanda, Perú, Uruguay, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Guatemala y Argentina).

«Yo tengo la devoción de celebrar frecuentemente —cuando lo permite la liturgia— la Misa de la Santísima Virgen; me parece que os lo he dicho alguna vez. Y hay una vieja oración, en la que el sacerdote pide la salud

«mentis et corporis», y después la alegría de vivir. ¡Qué bonito! Creen por ahí que la alegría de vivir es cosa pagana, porque lo que buscan es la alegría de morir, de suicidarse neciamente, suicidarse con estiércol hasta por encima de los ojos. Seguir a Cristo, buscar la santidad es tener la alegría de vivir. Los santos no son tristes, ni melancólicos; tienen buen humor».

(Palabras de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, en Roma, el 15 de junio de 1975, en una tertulia con más de un centenar de socios del Opus Dei de Italia, Filipinas, España, Alemania, México, Colombia, Estados Unidos, Chile, Canadá, Inglaterra, Austria, Costa Rica, Venezuela, Guatemala, Argentina, Suiza, Bolivia, Brasil, Irlanda, Perú, Uruguay y Nicaragua).

«Vosotras, por ser cristianas, tenéis alma sacerdotal, os diré como siempre que vengo aquí. Podéis y debéis ayudar con esa alma sacerdotal, con la gracia de Dios, al ministerio sacerdotal de nosotros, los sacerdotes. Entre todos, haremos una labor eficaz. Sacad motivo de todo para tratar a Dios y a su Madre Bendita, nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Angeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio a su Iglesia y al Santo Padre».

(Palabras del Fundador del Opus Dei, Monseñor Escrivá de Balaguer, en la mañana del 26 de junio de 1975, tres horas antes de morir, en el Istituto Internazionale di Scienze dell'Educazione (Castelgandolfo), centro de la Sección de mujeres del Opus Dei, con alumnas de Australia, Alemania, Polonia, Japón, México, Kenya, España, Austria, Argentina, Estados Unidos, Filipinas, Inglaterra, Guatemala, Italia, Chile, Brasil, Canadá, Colombia, Perú, Portugal y Puerto Rico).

LA FUERZA EDUCATIVA DE LA ENSEÑANZA DE MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER



Monseñor Escrivá
de Balaguer,
como Gran
Canciller de la
Universidad de
Navarra,
en el acto de
investidura de los
Doctores
«Honoris Causa»
en mayo de
1974.

D. Víctor García Hoz pronunció en la clausura de la X Asamblea de las Asociaciones de Padres y Amigos de "Fomento de Centros de Enseñanza" una conferencia de indudable interés y actualidad. En ella, el eminente pedagogo y catedrático de la Universidad Complutense de Madrid hizo una lúcida reflexión sobre las enseñanzas de Monseñor Escrivá de Balaguer vistas desde la perspectiva de la educación.

DESPUES de partir del concepto, enraizado en la espiritualidad del Opus Dei, de la radical *unidad de la vida humana*, que encuentra su fundamento en el *amor de Dios* —en el sentido de la *filiación divina*— y en la *vida de fe*, se detuvo en las *formas de la actividad humana*, a las que siempre se había referido Monseñor Escrivá de Balaguer, considerándolas como *factores de unidad de vida*: la *oración* —trato personal con Dios—, la *amistad* —reflejo del amor de Dios—, la *lealtad* —reflejo de la verdad—, y el *trabajo* —medio de perfección humana, de solidaridad y de unión con Dios—. Recordó los dos *codicionamientos* previos para que toda *actividad* del hombre sea verdadera, específicamente humana: la *libertad responsable* y la *alegría auténtica*, expresiones que, junto con las anteriores, han ido esmaltando los textos escritos y la catequesis verbal de Monseñor Escrivá de Balaguer. El Fundador del Opus Dei estimuló constantemente una *educación* que, sobre la base de la *actividad libre y responsable*, se realizase en forma de *oración*, de *trabajo* y de *ayuda* al amigo y del amigo, y en ella veía el camino seguro para el despliegue de todas las posibilidades humanas.

Ofrecemos en las páginas que siguen una síntesis de la parte final de esta conferencia (1).

Si la educación es el resultado de la convergencia de factores *técnicos* y factores *humanos*, no tendría sentido espeñar de Monseñor Escrivá de Balaguer una enseñan-

za de los problemas técnicos que plantea la educación; sus orientaciones apuntan a una *realidad más honda*, a ese *núcleo interior* en el que el hombre *toma sus decisiones* y *acepta con gozo las posibilidades* y *riesgos* de la existencia humana. La *libertad* era una de sus preocupaciones fundamentales, y de algún modo se puede pensar que entendía la *educación* como *aprendizaje* de su uso *legítimo*: «*Ama la libertad de tus hijos y enséñales a administrarla bien*». «*Que sepan que la libertad tiene una gran enfermedad que consiste en no querer aceptar la correspondiente responsabilidad...*; *la libertad debe ir acompañada de responsabilidad*», contestaba a unos padres preocupados por el ambiente familiar y el orden en el hogar (2).

Y hablando de las necesarias relaciones entre los padres de los alumnos y directivos y profesores del colegio, señala con claridad el *fin de toda educación cristiana*: «*Preparar a vuestros hijos para que sean buenos cristianos el día de mañana, amantes de la libertad y de la responsabilidad personal*» (3).

Monseñor Escrivá de Balaguer ha explicado en toda su profundidad y belleza el sentido de la *educación* como una *ayuda* para *descubrir* y *recorrer* el camino de la vida, en el que la *conciencia* de cada uno se halla *iluminada* y *robustecida* por la trascendencia de la *verdad* revelada y en el que las *exigencias de la vida individual* han de *proyectarse* también en la *construcción de la historia*, que Dios ha querido dejar en una

(1) El texto íntegro viene recogido en "Orientación de padres" núm. 6, editado por la Secretaría Permanente de los A.P.A. de los Colegios de Fomento de Centros de Enseñanza. Madrid, diciembre de 1975.

(2) Texto mecanografiado de la Tertulia del 18 de octubre de 1972 en el Colegio El Prado. En adelante, se citará esta fuente como **Tertulia**.

(3) **Ibidem**.

**Reunión del Fundador
del Opus Dei con
universitarios y
universitarias en
Pamplona, en el Salón
de Actos del Colegio
Mayor Belagua.**

indeterminación dentro de la que el hombre pueda ejercitar realmente su libertad personal y participar en la obra creadora y redentora de Dios: «He concebido siempre mi labor de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias concretas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios en concreto le pide sin poner limitación alguna a esa independencia santa, a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar, y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar» (4).

Tal vez sea el tema de la *amistad* uno de los que con más cariño y penetración psicológica ha tratado Monseñor Escrivá de Balaguer. Y no podía menos de hacerle trascender al campo de la educación. «Un día —no quiero generalizar, abre tu corazón al Señor y cuéntale tu historia—, quizá un amigo, un cristiano corriente igual a ti, te descubrió un panorama profundo y nuevo, siendo al mismo tiempo viejo como el Evangelio» (5). La educación es obra de *amistad*, de amor que acerca los padres a los hijos, los profesores a los alumnos. Es, también, obra de *amistad entre iguales*. No se podrá hacer realidad todas las posibilidades educativas de los centros de enseñanza a menos que se cuente con la *acción de los estudiantes como educadores de sus compañeros en un clima de amistad*.

La preocupación por la formación de cristianos enteros, «dispuestos a poner en práctica su fe», llevó a Monseñor Escrivá de Balaguer a animar a los padres a que promovieran colegios para sus hijos. No se puede hacer una glosa completa de todo cuanto en su catequesis dijo en relación a la vida de los colegios. Basta con fijar la atención en una frase que expuso en una *tertulia* el 18 de octubre de 1972 en el Colegio de El Pra-



do de Madrid: «En el colegio hay tres cosas importantes: lo primero, los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos».

Si los colegios se fundan para educar a los chicos, ¿qué sentido tiene el que se diga que la *primera preocupación* han de ser los padres? No se ha de interpretar esa primacía como una mayor o menor importancia, sino más bien como una primacía en el *orden temporal de las preocupaciones por la vida del colegio*. En este sentido resulta verdaderamente actual y profética su visión. En primer término, porque la *decisión de establecer un colegio o de elegir un colegio* para enviar allí a los hijos *corresponde al padre antes que a nadie*, dado que en virtud de la acción procreadora, mientras el hijo no pueda asumir la completa responsabilidad de su vida, pertenece a los padres. Todo el problema de la *subsidiariedad* del Estado en orden a la actividad docente está implicado en esta *primacía* que a los padres se les debe dar en orden al establecimiento de colegios. En segundo lugar, porque *los padres son los primeros con que*

(4) *Es Cristo que pasa*, 99.

(5) *Es Cristo que pasa*, 1.

El claustro de profesores de la Universidad de Navarra acompaña a Monseñor Escrivá de Balaguer, en un acto de investidura de Doctores «Honoris Causa».



hay que contar para llevar adelante una educación eficaz; cuando no tienen plena conciencia, porque la vida y la educación son muy complicadas, de la posibilidad, conveniencia o necesidad de utilizar nuevos factores o nuevas técnicas en la educación, los primeros que han de ser informados para que tomen la decisión que estimen conveniente son los padres.

Si a los padres corresponde la primacía en la decisión de instituir o elegir un colegio al cual enviar a sus hijos, los profesores son quienes, unidos a ellos, toman la responsabilidad de estimular, orientar y dirigir la actividad colegial. En este sentido, ocupan una posición posterior a la de los padres y anterior a la de los alumnos. Sin la decisión de los padres no hay chicos para los colegios, sin el trabajo de los profesores no hay actividad en ellos.

Pero esta primacía temporal tiene su sentido en la estimulación de los alumnos: El colegio se funda para los alumnos. ¿Por qué entonces los últimos? La contestación es sencilla: lo primero en la intención es lo

último en la ejecución. La misión de los padres está en posibilitar la acción de los profesores, la misión de los profesores está en estimular el trabajo de los alumnos, y el sentido del trabajo de los alumnos es su propia educación, su perfeccionamiento. Por esta razón no es incompatible hablar de que primero son los padres, después los profesores y por último los alumnos y tener la conciencia bien clara de que, en última instancia, los protagonistas de la educación son los propios estudiantes.

Pero no conviene quedarse con la idea parcial de que la acción educativa es actividad en una sola dirección. En tanto que relación entre educadores y educandos, el acto educativo refluye en todos los que en él toman parte. Aceptado este supuesto, se llega a la consecuencia de que aunque el colegio se funde o se instituya para la educación de los alumnos, no habrá verdadera educación si a su vez no se orienta a profesores y padres. Estas reflexiones bastan para desvelar la fecundidad del pensamiento de Monseñor Escrivá de Balaguer. Una comunidad en la que primero son los pa-

dres, después los profesores y en la que *la acción educativa realizada en función de los alumnos revierte en los profesores y en los padres*, estableciéndose así una concausación en la que el perfeccionamiento personal de unos no llega a su acabamiento, sino a través de la colaboración de todos.

En esta comunidad educativa, tiene un particular significado una vieja virtud que Monseñor Escrivá de Balaguer sitúa en la base de la relación entre los hombres, y que con mayor razón la pide a los padres, profesores y alumnos: la *lealtad*.

El concepto de *lealtad*, que ha sufrido una evolución semántica desde significar la fidelidad a una ley hasta significar *fidelidad a una persona*, se apoya siempre en la *verdad*; la verdad de lo presente, cuando lealmente se manifiesta un pensamiento, un deseo, una opinión; la verdad de lo futuro cuando se es fiel a una promesa.

«*Los hijos buscan un padre leal*», contestaba Monseñor Escrivá de Balaguer a un padre que preguntaba por el modo de establecer diálogo con los hijos (6).

«*Sé leal con tus alumnos*», decía a un profesor en la mencionada tertulia de El Prado (7).

«*La lealtad*», recomendaba a un padre que preguntaba por la virtud que principalmente conviene enseñar a los hijos (8).

Hasta aquí se ha hablado de las ideas y orientaciones pedagógicas del Fundador del Opus Dei como si se tratara simplemente de un pensador. Se tendría una idea raquítica si se olvidara que él realizó *la unidad de vida* que era como el *eje de su enseñanza*. Junto a sus ideas en el terreno pedagógico, está su vida misma de *hombre de Dios*, de sacerdote preocupado por *la salvación de los hombres*, y por lo mismo preocupado por *su formación*.

Su obra de *educador* está en el millar de universitarios que ha llevado al sacerdocio,



en las decenas de miles de personas que en todos los continentes se llaman hijos suyos, en los millones de hombres que han recibido la influencia de sus palabras y de sus escritos.

En verdad que esta obra impresionante no la habría podido realizar si no hubiera contado con una *especialísima gracia de Dios*. Pero también fue menester su *fidelidad ejemplar a esa gracia*, poniendo su empeño, todas sus fuerzas, todo su trabajo al servicio de su *vocación*. Y lo que había de esfuerzo y de trabajo era *acción divina* como participada de Dios, *acción sacerdotal* en sentido estricto, pero también *acción humana* hecha con sus recursos de hombre, *acción educativa*.

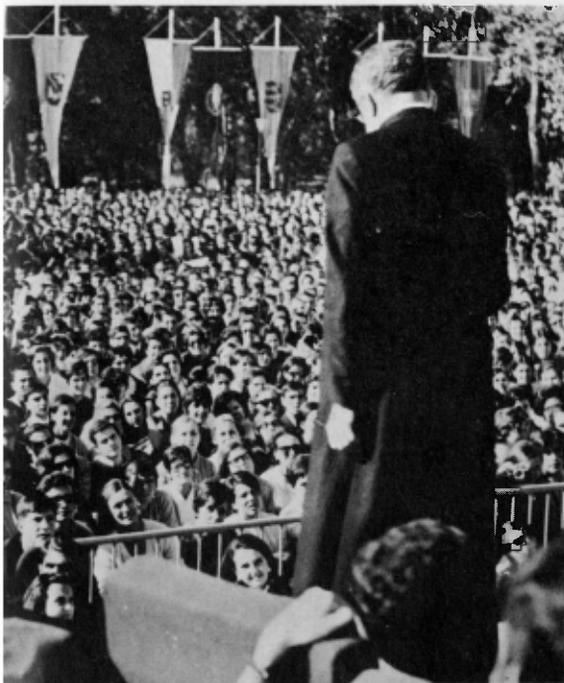
Se ha dicho con repetida frecuencia que el estilo es el hombre. También Monseñor Escrivá de Balaguer tenía su *propio estilo educativo*, puesto de relieve en las dos actividades más queridas por él: la *actividad*

(6) **Tertulia.**

(7) **Ibidem.**

(8) **Ibidem.**

Tertulia con cerca de cuarenta mil personas en el Campus de la Universidad de Navarra, con motivo de la II Asamblea de Amigos (Pamplona, 1967).



personal, de amistad, de convivencia, de trato individual diferente para cada hombre, y esa otra *catequesis* a que se dedicó especialmente en los últimos años, en la cual realizó la maravilla de que siendo multitudinaria no perdía su carácter íntimo; «tertulias» de cientos y aun de miles de personas, en las que sabía promover y conservar el aire de familia, de intimidad y de conversación personal.

Monseñor Escrivá de Balaguer durante toda su vida recomendó y practicó el apostolado de la «*amistad y la confianza*» (9), forma de relación la más opuesta a reuniones de grupos grandes. Cuando por el desarrollo de la labor apostólica era imposible que recibiera y hablara con todos y cada uno de los que querían verle, se organizaron esas *tertulias* en algunas de las cuales se llega-

ron a reunir hasta cuatro o cinco mil personas.

Lo extraordinario de esas reuniones es que jamás fueron reuniones de masas. No «*sermoneaba*»; pedía que le preguntaran, porque, le gustaba advertir, «*estamos en una reunión de familia*». Pronto surgía una pregunta hecha por alguien que lo mismo podía ser una señora de ochenta años que un chico de quince, un casado con muchos hijos, una soltera, un obrero, un profesor, un artista de cine... La pregunta siempre surgía como un *problema personal* de quien la hacía. Monseñor Escrivá de Balaguer, en su contestación, *mantenía el contenido y el tono personal, íntimo*, y todos los de la tertulia *vivían el problema como propio*, sintiéndose *unidos en la misma preocupación* y recibiendo la doctrina como si *a cada uno en particular se refiriese*.

Muchas de las orientaciones que para la educación ofrece Monseñor Escrivá de Balaguer tienen un *sabor tradicional* de cosas antiguas y entrañables que se vienen viviendo en las familias cristianas a través de los siglos. Pero se proyectan, como el pensamiento cristiano mismo, *en el futuro de la Humanidad*.

Vale la pena de que abramos la mente a la *dimensión universal* de nuestro quehacer educativo. Podemos y debemos ser conscientes de nuestra *obligación de contribuir a la configuración de la sociedad futura*, que ha empezado ya, porque *lo que se hace ahora es semilla de lo que ocurrirá después*. Pero no debemos caer en la trampa que se esconde tras la retórica de las grandes actuaciones, como si sólo contaran los gestos espectaculares. Nosotros constituiremos el mundo únicamente si somos capaces de *realizar bien nuestro trabajo*, si hacemos *con amor las cosas pequeñas*, decía Monseñor Escrivá de Balaguer, si somos *fieles en la dedicación* a nuestros hijos y a nuestros alumnos, si somos *leales a la amistad* de los que con nosotros conviven en una misma comunidad educativa, porque ese *quehacer callado* y esa *amistad eficaz* van entretejiendo los múltiples hilos del contenido real de la vida y de la Historia.

(9) Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, 62.



Camino

CAMINO, fruto de una labor sacerdotal que su autor había iniciado en 1925, aparece por primera vez en febrero de 1934 (Cuenca, Imprenta Moderna), con el título de *Consideraciones Espirituales*. En la siguiente edición —realizada en Valencia en 1939— el libro recibe ya el título definitivo.

Desde entonces, las ediciones se han ido multiplicando cada vez más rápidamente, alcanzando, en 1975, el número de 128 ediciones en 31 idiomas y 2.485.906 ejemplares. Los idiomas a los que se ha traducido *Camino* son: alemán, árabe, armenio, castellano (Argentina, España, México), catalán, croata, checo, chino, danés, esloveno, esperanto, finlandés, francés, gaélico, gallego, griego, hebreo, húngaro, inglés (Estados Unidos, Inglaterra e Irlanda), italiano, japonés, maltés, neerlandés, polaco, portugués (Brasil y Portugal), quéchua, rumano, ruso, tagalog, ucraniano y vascuence. Se han hecho además edi-

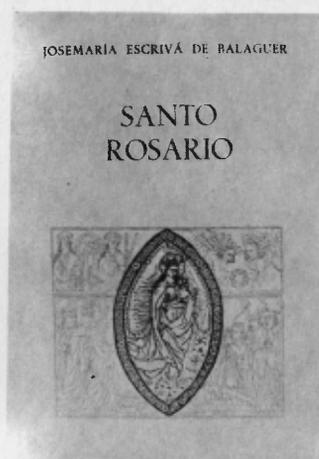
ciones en el método Braille para ciegos en castellano y en inglés. Están en preparación las traducciones al albanés, amharico (Etiopía), búlgaro, coreano, indonesio, latín, lituano, noruego, thai, sueco, swahili y vietnamita.

Su difusión universal, entre personas de todos los pueblos, de todas las razas y condiciones, ha hecho de *Camino*, a pesar de lo reciente de su aparición, una obra clásica de la literatura espiritual. El número de ejemplares que han alcanzado sus sucesivas ediciones es algo sin precedentes en los libros sobre tema religioso.

«*Camino* es un conjunto de pensamientos para la meditación, informados por una espiritualidad profunda y humana, que anima a buscar lo sobrenatural en la vida corriente de todos los días. El estilo directo con que está escrita la obra invita al lector a enfrentarse consigo mismo, en un examen de conciencia que da al alma paz, alegría y valor para la generosidad y le conduce fácilmente a la oración. La clara conciencia de la filiación divina, que embapa cada página del libro, le da unidad y ofrece al hombre de hoy una respuesta exhaustiva a sus preguntas». (Nota editorial a la decimoquinta edición castellana).

L'Osservatore Romano ha dicho: «Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra: escribió sacando inspiración de su propio corazón, y al corazón llegan directamente también los breves párrafos

que, como verso desgranado pero completo, forman el *Camino*... en el que no aparece la rigidez suspicaz de un «código», sino, al contrario, la fraterna y ardiente indulgencia del Autor, la paterna solicitud con que ve, comprende, corrige, persuadiendo y no amenazando» (24-III-1950).



Santo Rosario

La primera edición de *Santo Rosario* fue realizada en Madrid en 1934.

Desde entonces han ido apareciendo traducciones en diversos idiomas: en 1948 aparece la primera edición portuguesa; en 1952, la italiana; en 1953, la norteamericana; en 1960, la gujerati (uno de los idiomas de la India); en 1964, la castellana según el método Braille para ciegos; en 1972, la alemana y la japonesa; en 1973, la tagala (Filipinas) y la italiana según el método Braille; en 1975, la china y la mexicana. Hasta ahora han sido publicadas

32 ediciones. Están en preparación las traducciones al neerlandés (Flamencolandés), francés, swahili (Kenia) y polaco.

«El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima:

—¿Quieres amar a la Virgen? —Pues, ¡trátala! ¿Cómo? —Rezando bien el Rosario de Nuestra Señora.

Pero, en el Rosario... ¡decimos siempre lo mismo! —¿Siempre lo mismo? ¿Y no se dicen siempre lo mismo los que se aman?... ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios?

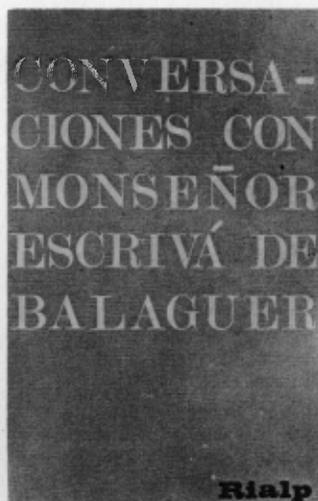
—Además, mira: antes de cada decena, se indica el misterio que se va a contemplar.

—Tú... ¿has contemplado alguna vez estos misterios?

Hazte pequeño. Ven conmigo y —éste es el nervio de mi confidencia— viviremos la vida de Jesús, María y José.

Cada día les prestaremos un nuevo servicio. Oiremos sus pláticas de familia. Veremos crecer al Mesías. Admiraremos sus treinta años de oscuridad... Asistiremos a su Pasión y Muerte... Nos pasmaremos ante la gloria de su Resurrección... En una palabra: contemplar e m o s, locos de Amor (no hay más amor que el Amor), todos y cada uno de los instantes de Cristo Jesús».

(Del Prólogo del autor).



Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer

ESTE libro, que recoge algunas de las entrevistas concedidas a la prensa por el Fundador del Opus Dei, apareció en el último trimestre de 1968 simultáneamente en castellano, inglés, italiano y portugués (Brasil). En 1969 aparecieron las ediciones portuguesa (Portugal) y francesa; en 1970 la alemana y la catalana. Hasta ahora han sido publicadas 26 ediciones y están en preparación las traducciones a otros idiomas.

El desarrollo del Opus Dei y la influencia de su espíritu y de sus apostolados en la vida de la Iglesia y del mundo explican el interés que despierta en la opinión pública. De este interés ha nacido la iniciativa de varias revistas y periódicos de dirigir unas preguntas concre-

tas a Monseñor Escrivá de Balaguer, afrontando los temas de mayor importancia para los respectivos lectores. Monseñor Escrivá de Balaguer contestó por escrito y exhaustivamente a las preguntas que se le habían formulado.

La primera entrevista, concedida a Pedro Rodríguez —director de la revista de teología «Palabra» (Madrid)—, recoge la opinión autorizada de Monseñor Escrivá de Balaguer acerca de los problemas más importantes de la Iglesia en nuestro tiempo. Las ideas expuestas ofrecen al lector el marco en el que se encuadran las preguntas, más concretas y particulares, de las tres entrevistas que siguen. realizadas por Peter Forbarth, Jacques Guillemé Brûlon y Tad Szulc, corresponsales de «Time», «Le Figaro» y «New York Times», respectivamente. Los tres periodistas formulan sus preguntas pensando en millones de lectores de dos diarios y de un semanario de los más difundidos en Estados Unidos y en Francia; los temas son tratados desde una perspectiva de actualidad, muchas veces haciendo referencia a personas y hechos de la vida política internacional, que pueden ofrecer al público un marco familiar, para adentrarse en cuestiones más profundas, de naturaleza espiritual y apostólica, o incluso específicamente teológica y canónica. El espíritu y el apostolado del Opus Dei son también el tema central de la entrevista con-

obras publicadas

cedida al semanario vaticano «L'Osservatore della Domenica».

Concedor del interés de Monseñor Escrivá de Balaguer por los temas educativos, el director de la revista estudiantil «Gaceta Universitaria», Andrés Garrigó, le dirigió la serie de preguntas que componen otra de las entrevistas.

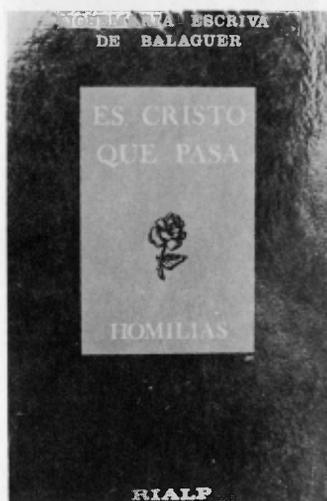
La entrevista concedida a Pilar Salcedo, directora de la revista femenina «Telva» (Madrid), afronta con gran riqueza de síntesis y con agudos detalles de buen humor, los problemas que la sociedad actual plantea a la mujer y a la familia.

Es Cristo que pasa

La primera edición de este libro se publicó en marzo de 1973. Hasta diciembre de 1975 han aparecido ya 22 ediciones en seis idiomas diversos.

En la Presentación de este libro, don Alvaro del Portillo —entonces Secretario General del Opus Dei, y ahora Presidente General de dicha Asociación— escribía: «De toda la gran catequesis que es su predicación en casi cincuenta años de sacerdocio existe un abundante material inédito. Se publica en este volumen una pequeña parte: algunas de las homilias pronunciadas sobre fiestas litúrgicas.

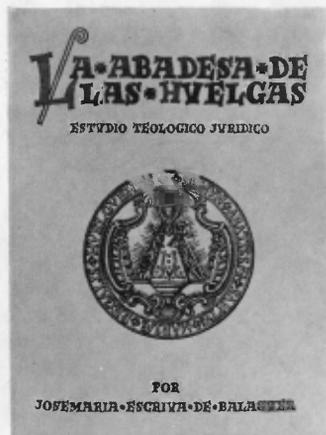
Las *Homilias* están llenas de esta vinculación de los afanes más comunes y, por eso, más humanos, con la trascendencia de Dios. Estos textos se sitúan —sere-



namente, sin polémica— fuera de esas visiones esquizofrénicas que conciben la santidad en el inestable equilibrio de una doble vida: la normal y la espiritual. Al mismo tiempo, las *Homilias* desechan también la tentación de *espiritualizar* de tal modo lo humano que sea privado de su complejidad, de lo que Monseñor Escrivá de Balaguer llama *el riesgo de la libertad*: «En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivis santamente la vida diaria».

Léanse estas *Homilias* al calor del recuerdo de esos momentos transcurridos junto a un sacerdote que no sabe hablar más que de Dios. Se comprenderán, entonces, otros rasgos entrañables de la labor pastoral de Monseñor Escrivá de Balaguer: la viva conciencia de ser sólo un instrumento

en las manos del Señor; la convicción sobrenatural de que las flaquezas y miserias personales —que tendremos mientras vivamos, recuerda él siempre— no pueden ser un obstáculo para alejarnos de Cristo, sino un estímulo para estrecharnos más a El».



La abadesa de las Huelgas

La primera edición se publicó en 1944. En 1974 se publicó una nueva edición, igual a la primera, agotada tiempo atrás.

Sus 426 páginas contienen un estudio en el que se combinan la Teología, el Derecho y la Historia, que interesa especialmente, a juristas, historiadores y teólogos. Una investigación penetrante y sagaz sobre un caso extraordinario de jurisdicción cuasi-episcopal por parte de la Abadesa del famoso monasterio burgalés, realizada a través de las fuentes y documentos originales.